

## EL MAGO de María Martín

---

Ninguno podía imaginar lo que estaba por suceder. Los espectadores ya habían comenzado a ocupar sus butacas, mientras tanto, tras el telón, un viejo mago se prepara para su actuación, ese cosquilleo paralizante que le produce a uno ganas de salir corriendo, de gritar lo que aún está por decir, es el mismo que siente aquel mago, antes de respirar profundamente y que los focos y todas las miradas apunten hacia él.

Respira profundamente unas tres veces y realiza un movimiento efusivo de todo su cuerpo, los pensamientos comienzan a aturullarse en su cabeza demasiado deprisa como para espantarlos, pero de nuevo, inspira y espira, y vuelve a sacudir su cuerpo con muchísima más energía que la vez anterior. Y así, como si de un árbol se tratase, todas las inseguridades se desploman por el suelo, como miles de hojas lo hacen al sentir la llegada del otoño cada año.

Está a punto de salir a escena y el murmullo de los allí presentes cada vez se va haciendo más y más notable. Le tiemblan las manos y siente que el pecho se le va a salir, pero es entonces cuando el mago se mira al espejo una última vez, de arriba a abajo y se coloca su vieja chistera. Las luces se apagan y una oscuridad absoluta lo inunda todo, el silencio se hace eco de la sala y un pequeño foco apunta hacia la silueta del viejo mago. Demasiadas miradas desconcertadas apuntando hacia él, no suenan murmullos, tampoco aplausos que den la bienvenida, tan solo la inocente voz de un niño afirmando aquello que todos se habían quedado observando.

- ¡Mira mamá, no tiene manos!

El mago respira tres veces, sacude su cuerpo enérgicamente y con sus muñones, bajo la atenta y desconcertante mirada de todos los allí presentes, comienza a trazar lo imposible.

Coge el pañuelo que llevaba sobre el cuello, lo mira con delicadeza y lo acaricia suavemente mientras lo enrolla hasta que no ocupa lo que debería ser para él, la palma de una mano, lo esconde tras su muñón izquierdo y por arte de magia, el pañuelo desaparece dejando a su paso una chispa de humo.

- Tú, pequeño dijo señalando al niño que había reparado en la falta de sus extremidades mira debajo de tu asiento.

Y ahí estaba, aquel pañuelo blanco que el mago llevaba sobre su cuello al salir a escena, se encuentra ahora bajo la silla de aquel niño, que con sus dos manos lo agarra fuertemente, haciendo que una chispa de ilusión se enciende en sus ojos inocentes.

Una música de piano acompaña los movimientos del mago, sutiles y elegantes como las mismas teclas que sus dedos invisibles imaginan tocar, es entonces cuando una baraja de naipes aparece entre sus muñones, la lanza al aire y las cartas se esparcen por encima de su chistera, haciendo aparecer en su lugar, unas palomas blancas que se marchan volando por encima de todos aquellos que ingenuamente ocupan sus butacas frente a él.

Como si de otro aleteo se tratase, el mago, comienza a mover sus brazos al ritmo del piano, las cartas vuelven a aparecer entre sus muñones, y a una velocidad casi inapreciable las hace desaparecer una y otra vez.

Siempre acostumbra a empezar la función con unos trucos de naipes, conoce de sobra los movimientos que harían ilusionarse hasta al más escéptico de los hombres. De nuevo, la respiración del mago se paraliza, ha llegado el momento, sus pulsaciones comienzan a aumentar bajo su piel, quizá los más atentos de la sala alcancen a escucharla. El mago respira tres veces, sacude su cuerpo enérgicamente, sin duda está listo, aunque le resulta imposible no regresar a aquella mañana que, practicando un simple truco de escapismo, cambio su modo de hacer y ver la magia para siempre.

Aquel día, un joven mago se colocó su chistera, alcanzo sus guantes blancos y como siempre se aseguró de tenerlo todo preparado.

- ¿Está listo el coche? dijo el mago a su ayudante.
- Sí, lo están acercando hacia aquí –respondió ella.
- Que no olviden llevarlo al centro del escenario.
- Tranquilo le calma ella.
- Bien, vamos entonces a por ello, una última vez –dijo el mago entusiasmado, era su truco estrella y no podía fallar.

La ayudante cogió unas esposas y las puso entre las muñecas del mago, este comenzó a mover sus dedos de forma casi melódica, como si se tratase de una magia que está en el aire, una magia que poder agarrar con cada articulación y con cada uno de sus sentidos.

- Muy bien, estás preparado –le pregunto la ayudante al mago.

- Por su puesto, un mago siempre ha de estar preparado –ingenuas fueron las palabras del joven mago, que con una seguridad arrolladora comenzaba a introducirse en el maletero del aquel coche.
- Cuenta tres segundos y comienza con el escapismo –recordó la ayudante.
- Cuenta otros tres segundos y prende fuego al coche –secundó el mago.

Tres fueron los segundos que se hicieron demasiado eternos, la angustia de un joven mago encerrado en un maletero que comenzaba a arder, la trampilla bajo el coche que nunca consiguió abrirse, el humo ocupándolo todo, la sensación de ardor en el cuerpo, las manos temblorosas intentando abrir una y otra vez aquel candado.

Uno, dos y tres, la ayudante comenzaba a ponerse demasiado nerviosa, tres eran los segundos que habían ensayado cientos de veces, los chillidos agonizantes del mago comenzaban a oírse desde la distancia, el coche estaba ardiendo más de la cuenta, algo iba realmente mal.

- ¡Apagad el fuego, apagad el fuego ya! –dijo la voz histérica de la ayudante.

El cuerpo de un mago que había perdido la magia en ese mismo instante, la cara de horror de la ayudante al abrir el maletero, el sonido de la ambulancia, los pitidos en los oídos, muchas noches en el hospital, las palabras de los médicos diciéndole que había perdido demasiado tejido, el dolor abrasivo de quién no quiere mirarse, la rabia, el odio y el vacío que deja el humo al marcharse. Demasiados meses con el temor de convertir en rutina las cosas imposibles. ¿Cómo voy a continuar haciendo magia? Se decía a sí mismo, la magia, había sido su forma de entender el mundo desde que rebuscando de pequeño en el baúl del abuelo, había encontrado una chistera vieja, desde aquel momento que hizo el primer truco de magia al abuelo y tras un abracadabra, este le dijo con voz muy seria:

- No olvides nunca, pequeño mío, que todo, absolutamente todo es posible.

Es manco desde que aquel simple truco de escapismo fallo, y es mago desde que su abuelo le dijo que todo es posible. Manco y mago a la vez, desde que comprendió el valor que tiene una simple mano, unos dedos entrelazados deseando suerte, una caricia e incluso la violencia que puede albergar un puño cerrado. Mago y manco señores, con una habilidad increíble para convertir en posible lo imposible y con ello dejar a todos los presentes con la boca abierta y con la ilusión de quien ha perdido demasiado y sabido continuar desde la mismísima nada. Mago de los que siembran una semilla a su paso en la mirada de aquellos niños, que aun habiéndose hecho mayores, siguen soñando con naipes

convertidos en palomas, con conejos saliendo de sombreros y espadas que atraviesan las más duras de las corazas.

Uno, dos y tres, esta vez no le hacen falta las esposas, el mago se introduce en el maletero del coche, ha sido él mismo quien ha comprobado que la trampilla funcionase. Tiembla demasiado, pero no le importa, aprieta los dientes fuertemente, como quien junta sus puños con fuerza para tener más valor.

Uno, dos y tres, cierra la puerta del maletero, la oscuridad lo inunda todo, los murmullos del público dejan de escucharse, esta solo de nuevo, solo con sus demonios, con sus temores y porqués, solo con aquel niño que soñaba con ser mago, solo junto a aquel hombre que tras haber perdido la magia fallando un simple truco de escapismo, no se conformó y alzo sus muñones en busca de lo imposible.

Uno, dos y tres, el coche comienza a arder, las llamas lo cubren por completo y el calor asfixiante empieza a notarse, el mago se paraliza, se detiene, respira profundamente y comienza a abrir la trampilla que da al suelo del escenario. El público cuenta, uno, dos y tres, la ayudante alza al aire una sábana negra y por arte de magia, antes de que caiga al suelo, una silueta aparece bajo ella.

El viejo mago deja caer la sábana y todo lo que antes era oscuro, ahora se ilumina con un foco que apunta directamente hacia él. El público allí presente, que se quedó inmóvil cuando vio sobre el escenario a un mago sin manos, es el mismo que ahora se levanta rápidamente de su asiento y aplaude con sus dos manos, aquello que sin duda, no llegan a comprender.